

“COMUNITARIOS: NI LIBERALES, NI CONSERVADORES”

Sergio Micco & Eduardo Saffirio

Santiago de Chile, enero de 2014.

“(…) entre el trigo y la cizaña va avanzando el bien cuyos frutos son, en la mirada larga, infinitamente más fecundos”.

Jacques Maritain

(*) Este documento es una re-edición de un texto original escrito en los años 90 por Sergio Micco y Eduardo Saffirio. El presente trabajo tiene como objetivo presentar al lector las principales vertientes del pensamiento comunitario en contraposición a corrientes como el liberalismo y conservadurismo.

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN	02
1. PRIMERA PARTE: ¿POR QUÉ NO SOMOS LIBERALES?	06
<u>Primera triada:</u>	
<u>La crítica republicana, comunitaria y democrática al liberalismo</u>	
1.1. La crítica republicana al liberalismo.	07
1.2. La crítica comunitaria al liberalismo.	12
1.3. La crítica democrática al liberalismo.	17
<u>Segunda triada:</u>	
<u>La crítica ecológica, feminista y socialcristiana al liberalismo</u>	
1.4. La crítica ecológica al liberalismo.	24
1.5. La crítica feminista al liberalismo.	28
1.6. La crítica socialcristiana al liberalismo.	31
2. SEGUNDA PARTE ¿POR QUÉ NO SOMOS CONSERVADORES?	35
<u>Crítica empírica al conservadurismo</u>	
2.1. La crítica de la realidad.	39
2.2. La crítica a la alianza entre liberalismo económico con conservadurismo cultural.	41
2.3. La contradictoria receta neoconservadora: el Estado mínimo y las tradiciones que se quieren preservar.	43
<u>Crítica conceptual al conservadurismo</u>	
2.4. La veneración de la tradición.	47
2.5. El miedo al cambio.	50
2.6. La radical imperfección humana.	52
3. TERCERA PARTE: PASAR DE LA CRÍTICA DE LAS IDEAS A LAS IDEAS PARA LA ACCIÓN POLÍTICA	58

INTRODUCCIÓN

Nuestra filosofía política supone ubicarse entre las dos propuestas sociales extremas en boga hoy día. Una de ellas es la liberal individualista y la otra la socialconservadora, que surge como reacción a los excesos de la primera. Es decir, no sólo basta con criticar el consenso neoliberal, pues se corre el riesgo de caer en una pendiente conservadora, así como tampoco basta la mera denuncia. Lo que se requiere es asumir la principal crítica no marxista del liberalismo contemporáneo: el pensamiento comunitario. Este lo bebemos por cierto en el neotomismo de Maritain, pero también en el existencialismo cristiano de Mounier y en las nuevas vertientes anglosajonas del comunitarismo de Michael Walzer, Charles Taylor, Amitai Etzioni y Alasdair Mac Intyre.

Los liberales individualistas son aquellos que proclaman la ampliación de los derechos individuales y las libertades públicas. Ellos ven con mucho recelo la expansión del gobierno, los fanáticos religiosos y las elites políticas. Su lema es la defensa de la autonomía personal. La libertad es un fin en sí mismo, el más alto. Cada cual es dueño de fijar su vida sin aceptar conceptos de buena vida que vengan de la política. La libertad se extiende hasta donde no dañe la libertad del otro y nada más.

Los socialconservadores ven como valor cardinal el orden. Una buena sociedad requiere de compromisos morales de sus miembros. En caso contrario surgen el abandono del trabajo, la evasión fiscal, el abuso del alcohol y las drogas, enfermedades psicosomáticas, crisis de la familia, abandono de los niños y empobrecimiento de las mujeres, ampliación de la delincuencia, etc. Por ello el Estado no sólo tiene el derecho sino que también el deber de imponer coactivamente el orden social. Donde los liberales dicen derechos, los socialconservadores proclaman deberes;

donde los liberales proclaman la autonomía, los conservadores exigen orden.

El pensamiento comunitario moderno, de raíz anglosajona, propone una concepción filosófica que concilie derechos con deberes y autonomía con comunidad.

Existen tres diferencias de los comunitaristas con los conservadores: **a)** Se valora la autonomía personal dándole una importancia central; **b)** Se promueven las virtudes morales, cívicas y sociales mediante la educación, la persuasión, la exhortación y la ejemplaridad (voz moral). Los socialconservadores tienden a utilizar métodos más coactivos y legales (Estado); y **c)** Los valores sociales que promueven los socialconservadores son más religiosos, penetrantes y unitarios.

Los comunitarios se diferencian de los liberales pues: **a)** Valoran el orden social y la buena vida en comunidad; **b)** Valoran el papel de las virtudes y promueven el pluralismo limitado por valores socialmente comunes (libertad, igualdad, paz, solidaridad, etc.); **c)** Para los comunitarios no basta con el hecho que se ejerza la libertad sin hacer daño (¿Qué daño? ¿Sólo el físico? ¿También el psicológico? ¿Qué nivel de daño es tolerable? ¿Se reconoce el derecho al suicidio o a autoesclavizarse, si no se daña a nadie? ¿La libertad de expresar pornografía públicamente no atenta contra mi libertad de transitar tranquilamente con mis hijos por las calles?); y **d)** Promueven la buena sociedad pues, en caso contrario, dejada al mero arbitrio de cada cual, la libertad terminará por favorecer a los poderosos y perjudicar a los débiles.

La plataforma comunitaria promueve comunidades pluralistas en que los derechos humanos sean protegidos en su interior, rechazando toda

comunidad autocrática o totalitaria. Así, se preocupa por promover las responsabilidades que tenemos para con la sociedad junto con respetar activamente los derechos personales. No hay, en consecuencia, una idolatría de la comunidad o de toda comunidad en concreto. El orden social y la libertad se sustentan y refuerzan mutuamente, pero si sobrepasan un punto se convierten en antagónicas y adversarias. Si todo es libertad individual surge el riesgo de la anarquía. Si todo es orden social surge el peligro del autoritarismo.

Particularmente, los nuevos comunitaristas proclaman que la buena sociedad está más allá del mercado y del Estado. Ni el libre mercado ni la administración pública encuentran soluciones adecuadas a los problemas sociales contemporáneos si desconocen las voces y el aporte de la sociedad civil y sus múltiples organizaciones.

Un Estado fuerte requiere del crecimiento económico -que le dé sustento material- y de un tamaño que lo haga manejable y flexible en una sociedad cada vez más compleja. El mercado, a su vez, aporta eficacia, eficiencia, generación de riqueza y libertad de emprender. Sin embargo, el mercado es ciego a las demandas de los necesitados y a las exigencias del mediano y largo plazo. De ahí que se requiera de un Estado que aporte una visión estratégica y ética de los bienes y recursos públicos que se ponen al servicio de la sociedad. Junto con ello se reclama una sociedad organizada, con capacidad de servir el interés público mediante la cooperación y el enriquecimiento recíproco, asumiendo todas aquellas tareas sociales valiosas que el mercado no enfrenta y que el Estado no puede asumir sin grandes costos y ahogando la autonomía de los cuerpos intermedios.

El Estado debe interpretar y dar respuesta a las demandas ciudadanas. Con mayor participación se puede lograr una mayor eficacia y eficiencia en las políticas públicas. Una sociedad fuerte y diversa fortalece la democracia en la medida que dichas comunidades se inspiren en valores pluralistas y que exista una mutua conexión, correspondencia e independencia entre ellas.

El pensamiento comunitario propone así una relación sinérgica entre Estado, mercado y las comunidades. Así lo explica un extracto del preámbulo del Manifiesto Comunitario Anglosajón:

“El pensamiento comunitario se basa en la verdad evidente que los hombres, mujeres y niños son miembros de muchas comunidades - familias , vecindarios, asociaciones religiosas, étnicas, de trabajo, el sistema político propiamente tal- fuera de las cuales ni la existencia humana ni la libertad individual podrían sostenerse (...) Ninguna de estas comunidades podría sobrevivir si sus miembros no les dedican atención, energía y recursos, pues la atención exclusiva a intereses individuales erosiona la red del ambiente social del que dependemos y atenta contra nuestros gobiernos democráticos. Por esta razón, sostenemos que los derechos de los individuos no pueden preservarse sin un interés comunitario. Así, una perspectiva comunitaria reconoce tanto la dignidad humana personal como la dimensión social de su existencia. Ésta asume que la preservación de la libertad individual depende de la mantención activa de las instituciones de la sociedad civil en las que los ciudadanos aprenden el respeto por los otros y por sí mismos; adquieren el sentido de sus responsabilidades personales y cívicas, asumen sus derechos y los de los demás y desarrollan las destrezas del autogobierno: gobernarse a sí mismos y servir a los otros”.

1. PRIMERA PARTE: ¿POR QUÉ NO SOMOS LIBERALES?

Para contextualizar y explicar este debate, es necesario comenzar planteando qué entendemos por liberalismo. El liberalismo es ciertamente un movimiento heterogéneo. Existen liberales de inspiración kantiana, anti-utilitarios y/o preocupados de la relación libertad-igualdad. Nos referimos a John Rawls y Ronald Dworkin.

Este segundo tipo de liberalismo es más individualista y partidario acérrimo del Estado mínimo. En ella destacan Robert Nozick, James Buchanan y Milton Friedman. Esta última corriente lamentablemente es hegemónica en nuestro país, tanto en la expresión pública como en las prácticas sociales. Vinculando con nuestro país, en las actuales fuerzas de centro de izquierda prima un liberalismo individualista por sobre liberales anti-utilitarios.

Sin perjuicio de lo anterior, se pueden constatar ciertos temas que unen a Adam Smith, John Locke, Benjamín Constant, James Madison, Emmanuel Kant, David Hume, John Stuart Mill, entre otros, con:

- i) Defensa de los derechos individuales conculcados por los despotismos hasta el Siglo XVIII. Dichos derechos surgen de la naturaleza propia del hombre; y
- ii) Rechazo a la idea de objetividad en el campo teórico y valórico, tanto individual como colectivo. Así, en el campo político, surge la noción de democracia procedimental, reducida a una serie de reglas y procedimientos que garantizan sus libertades al individuo.
- iii) Además, también se pueden destacar la desconfianza en el Estado y la primacía absoluta de las libertades individuales y del mercado. Si bien no todo liberal es partidario del *laissez-faire* económico.

Esto es lo que entendemos como liberalismo. Pasemos a analizar tres de sus críticos contemporáneos que han vuelto a resurgir tras la caída de la crítica marxista al liberalismo, su crítica más potente de los siglos XIX y XX.

Primera triada:

La crítica comunitaria, republicana y democrática al liberalismo

1.1. La crítica republicana al liberalismo

El ideal republicano moderno se inspira en los modelos de la Grecia clásica, las repúblicas italianas (Florencia y Venecia) del Renacimiento y en los aspectos igualitarios y fraternos de las revoluciones norteamericana y francesa.

Al ser la idea republicana contraria a la monarquía y buscar proteger la libertad de los excesos de las democracias de la antigüedad y de toda concentración de poder político, entronca con la aspiración democrática y liberal de los revolucionarios de 1810. Así queremos recalcar que:

- i) El republicanismo se destaca por la idea del gobierno popular como el único legítimo.
- ii) La idea republicana clásica sostiene que la participación del pueblo en la cosa pública es buena si y sólo si contribuye a los verdaderos fines de la política: la justicia, la estabilidad y grandeza del Estado.
- iii) El republicanismo pone el acento en la representación política como única alternativa viable de gestión de la democracia bajo el Estado nación y la sociedad de masas.
- iv) El republicanismo sustenta la idea de igualdad que se expresará en el

- sufragio universal de pobres y ricos, hombres y mujeres
- v) Se exige al gobernante y a todo ciudadano que siempre haga primar el interés general sobre el particular, pues si no es capaz de gobernarse a sí mismo, malamente gobernará bien a los otros.
 - vi) El republicanismo está dado por la práctica política y el genio de Roma y el pensamiento de Aristóteles, Cicerón, Jefferson. El segundo sostuvo que la república tenía por elementos constitutivos el interés común y el consenso a una ley común, aquel derecho mediante el cual una comunidad afirma su justicia. El republicano es aquel ciudadano que respeta, promueve y defiende el Estado de Derecho.
 - vii) La concepción republicana de la ciudadanía es aquella que señala que somos ciudadanos, es decir, sujetos de derechos civiles, políticos y sociales, que participamos en la configuración de la dirección futura de nuestra sociedad a través del debate, la elección de nuestros representantes y la elaboración de decisiones públicas. Estos son deberes categóricos.

En suma, las palabras claves son responsabilidad, deliberación, cargos electivos, virtudes cívicas, la grandeza y gloria del Estado, la separación de los poderes, los sistemas de controles y equilibrios, la ciudadanía activa, la libertad entendida como independencia y actuar en conformidad con las leyes que uno mismo se ha dado.

El republicanismo entronca con el liberalismo en que ambas filosofías destacan la importancia de la limitación del poder, en la igualdad y libertad de los ciudadanos y en el papel central de las instituciones. Sin embargo, sus **diferencias** son centrales:

En primer lugar, se diferencia del liberalismo que ve en la política un mal necesario, el republicanismo al igual que la idea democrática concibe

al ser humano como un animal cívico (*zoon politikon*). Es decir, se parte del supuesto que el hombre y la mujer para desarrollarse plenamente requieren de la comunidad política y de su participación en ella.

En segundo lugar, lo central está dado no por las virtudes privadas sino que por las públicas. El ciudadano cliente o consumidor, promovido por el liberalismo, siempre celoso de sus derechos individuales y tardo en reconocer cargas sociales como el pago de impuestos o la participación política, es reemplazado por el ciudadano virtuoso del republicanismo. El republicanismo y el ideal democrático involucran la idea que es imprescindible el desarrollo de las virtudes cívicas ya que el Estado requiere del buen ciudadano para preservarse y preservar la libertad. Por ello demócratas y republicanos promueven la igualdad política ante la ley (*isonomía*) y de palabra (*isegoría*). Galston ha propuesto las siguientes virtudes cívicas: a) Virtudes generales: coraje, respeto de la ley, lealtad; b) virtudes sociales: independendencia, apertura mental; c) virtudes económicas: ética del trabajo, capacidad de postergar las gratificaciones, adaptabilidad al cambio económico y tecnológico; y d) virtudes políticas: capacidad de reconocer y respetar los derechos de los demás, disposición a no exigir más de lo que se puede pagar, capacidad de evaluar el desempeño de quienes ocupan cargos públicos, disposición a participar en el debate público.

En tercer lugar, y contra el universalismo abstracto de los liberales, los republicanos promueven el amor a la patria. El *ethos* republicano se basa en la tradición cívico-humanista que sostiene que una sociedad libre, es decir no despótica, requiere de condiciones bastante difíciles de darse y mantenerse. Toda sociedad política requiere sacrificios, deberes y disciplinas no despreciables, desde pagar impuestos hasta integrarse a un ejército. En una sociedad libre el aceptar esta carga de restricciones a una

libre espontaneidad humana depende no de la coacción sino que de la libre adhesión. Ella se logra sólo y en la medida que la sociedad y sus instituciones sean percibidas por la ciudadanía como expresión de ella misma. Esta adhesión política, para Montesquieu, se da por una virtud cívica: el patriotismo, es decir, por "*una preferencia continua del interés público sobre el interés de cada cual*". Sin amor a la patria, que no es contradictorio necesariamente con la aspiración cosmopolita de amor a la humanidad, las democracias, sustentadas hasta hoy en el Estado-Nación, no podrían sobrevivir.

Reaccionamos abiertamente contra la amenaza despótica o la invasión extranjera justamente porque consideramos valiosa y buena la forma de gobierno republicana. Tal reacción no se nutre en un egoísmo ilustrado que ve las amenazas a los intereses propios o en una adhesión abstracta a los valores democráticos. Si sólo fuese así, en caso de invasión extranjera o despotismo interno intolerable, no lucharíamos, sino que simplemente nos iríamos de nuestro país, que nunca fue nuestra patria.

Ante la agresión injusta del dictador siempre queda el recurso de irnos a otros países o de no meternos en política. Lo que diferencia, entre otras cosas, el autoritarismo del totalitarismo es que el primero hace del uso de la violencia algo previsible. Si el estudiante no se mete en política y estudia, lo más probable es que nada le ocurre. Sin amor a la Patria y a los compatriotas, no se lucha por la democracia y la república. Así de simple.

En cuarto lugar, contra la libertad negativa de los liberales –la libertad es el derecho de autonormarme de la manera que sea con tal de no dañar derecho ajeno, es reemplazado por la libertad republicana o antigua. En efecto, la manera de concebir la libertad es distinta en la democracia de los antiguos que en la democracia (liberal) de los

modernos. Para Benjamín Constant la libertad de los antiguos consistía en la participación activa y constante en el poder colectivo. De esta forma la voluntad de cada uno tenía su influencia en la adopción de las decisiones comunes. La libertad de los modernos, en cambio, consiste en el goce apacible de la independencia privada y la felicidad particular, potenciadas por los progresos de la civilización, la tendencia comercial de la época y la comunicación de los pueblos entre sí.

Según Constant la contrapartida de lo anterior es que el individuo, perdido en la multitud, no percibe casi nunca la influencia que él ejerce sobre la voluntad colectiva, pues *"jamás su voluntad se marca ante el conjunto; nada constata su cooperación ante sus propios ojos"*.

Para el cientista político Giovanni Sartori la libertad política contemporánea es definitivamente la libertad protectora frente al poder arbitrario y sin límites. Ella ha sido posible gracias al aporte liberal del constitucionalismo garantista de los derechos fundamentales. Esta concepción de la libertad significa limitar y restringir a la soberanía popular, al poder de los "muchos", es decir, al poder popular. Como se ve nos hemos apartado así de la libertad política de los antiguos, concebida como igual participación en la decisión colectiva.

Pero con ello hemos también renunciado a la libertad como autodirección, por lo menos como autodirección comunitaria. Esto da pie a que autores como Benjamín Barber, acusen al liberalismo de carecer de una teoría de la ciudadanía que impulse la participación de los iguales en lo público y que permita construir una democracia fuerte.

Por todas las razones anteriores, el *ethos* republicano o cívico, reclama como ideal al ciudadano activo y virtuoso, valorando la vida

dedicada a la participación pública. No se trata de un politicismo extremo. Más bien su exigencia es que debe ser parte del bien de cada persona el estar involucrado en algún sentido en el debate político, de modo que las leyes y políticas del Estado no aparezcan ante ella simplemente como imposiciones extrañas, sino como el resultado de un acuerdo razonable del cual ha formado parte.

La gran pensadora republicana de este siglo Hannah Arendt al comparar el distinto destino de las revoluciones americana y francesa, vio en el hincapié que puso la primera en los aspectos políticos del cambio la causa de su triunfo. Para Arendt los padres fundadores de los Estados Unidos hicieron un enorme esfuerzo por establecer su “*Constitutio Libertatis*” y lograron plasmar en un texto constitucional su anhelo revolucionario. Por el contrario, en Francia se sucedieron 14 constituciones entre 1789 y 1875. A través de su ley fundamental el pueblo norteamericano constituyó su gobierno, su autoridad y sus derechos. Y así quedó plasmado un proyecto nacional que, a través de enmiendas, crisis e interpretaciones, ha sido un constante refugio para la democracia del norte.

Los revolucionarios latinoamericanos abrazan en el ideario republicano el sueño de la igualdad, de la cosa pública que es de todos (gobierno popular) y para todos (interés general en oposición a todo particularismo) y, en consecuencia, opuesto a la idea monárquica.

1.2. La crítica comunitaria al liberalismo

Las ideas comunitarias pueden ser encontradas a través de la historia: en los antiguos griegos –en las comparaciones de la vida en ciudades grandes y pequeñas en Aristóteles-, en el Nuevo y Viejo Testamento, en el pensamiento católico social y en los primeros sociólogos

-como Ferdinand Tönnies, Emile Durkheim, Talcott Parsons, William Kornhauser. Asimismo, encontramos cientos de intentos por crear nuevas comunidades, desde los *Shakers* a los asentamientos comunales en Palestina, los que fueron acompañados de reflexiones y escritos comunitarios. Más tarde, en los '80, un grupo de filósofos políticos -Charles Taylor, Michael J. Sandel, Michael Walzer y Alasdair MacIntyre- retaron a la oposición liberal individualista respecto al concepto de bien común. Aunque todos se sentían incómodos con el término "comunitario", trabajos particularmente importantes escritos por Robert Bellah, Philip Selznick y Daniel Bell avanzaron en una tesis comunitaria, que fue enriquecida tanto por pensadores liberales, como Robert Putnam, Hans Joas y John Gray, como por conservadores, como David Willetts y Meinhard Miegel. Gran promotor de esta visión comunitaria en los años 90, en la democracia norteamericana y europea, es el profesor de Sociología Amitai Etzioni.

Estos nuevos comunitaristas no sólo le dan importancia al significado de las fuerzas sociales de la comunidad y a los lazos sociales -en el caso de los comunitaristas asiáticos también valoran la armonía social-, elementos negados por las ideologías individualistas. Además, se preocupan por el balance entre las fuerzas sociales y la persona, entre la comunidad y la autonomía, entre el bien común y la libertad, entre los derechos individuales y las responsabilidades sociales. Así se declaran contrarios a los socialconservadores y a los liberales individualistas.

Se trata entonces de promover comunidades pluralistas donde los derechos humanos sean protegidos en su interior, rechazando toda comunidad autocrática o totalitaria. Así, se preocupan por promover las responsabilidades que tenemos para con la sociedad, junto con respetar activamente los derechos personales. No hay, en consecuencia, una idolatría de la comunidad o de toda comunidad en concreto. El orden

social y la libertad se sustentan y refuerzan mutuamente, pero si sobrepasan un punto se convierten en antagónicas y adversarias. Si todo es libertad individual surge el riesgo de la anarquía. Si todo es orden social surge el peligro del autoritarismo.

Particularmente, los nuevos comunitaristas proclaman que la buena sociedad está más allá del mercado y del Estado. Ni el libre mercado ni la administración pública encuentran soluciones adecuadas a los problemas sociales contemporáneos si desconocen las voces y el aporte de la sociedad civil y sus múltiples organizaciones.

En el ambiente intelectual anglosajón, con el término comunitarismo se ha querido remitir a una heterogénea vertiente de pensamiento moral y político, cuyo punto focal es la crítica a una cierta modernidad, nacida de la Ilustración y que se funda en filosofías liberales, individualistas y utilitarias. Sin embargo, todos coinciden en criticar al liberalismo. Los puntos centrales de la crítica comunitarista parecen ser los siguientes:

- i) En materia de la concepción de la persona humana, la teoría liberal defiende que los individuos son distintos de sus fines, valores y concepciones del bien. Estos últimos son elegidos autónomamente. Para los comunitaristas esta posición olvida que estamos constituidos por tales concepciones. Somos en buena parte fruto de nuestras opciones por determinadas estilos de vida que consideramos buenos, y no nos podemos desprender de ellas como quien se saca un abrigo. Nuestras opciones de vida buena como, creer en el amor para toda la vida, en la honradez y en el respeto de la palabra empeñada, dependen de las tradiciones culturales en las que nacemos y vivimos. En otras sociedades son distintos los valores que imperan. Y no sería deseable que cada individuo fuese cambiando constante y

arbitrariamente dichas concepciones, por mucho que se valore su libertad. Reconocer tal libertad llevaría a la imposibilidad de la convivencia social pacífica. Nuestra identidad está dada por nuestras pertenencias comunitarias religiosas, étnicas, de lenguaje, barriales, regionales, nacionales, etc.

- ii) El liberalismo proclama un individualismo asocial que ignora que las comunidades moldean fuertemente la identidad y valores de las personas que las integran. La socialización temprana en la familia, en el barrio, en la parroquia, en el templo, en la sinagoga y en la escuela nos van constituyendo, dando forma. El pensamiento, el lenguaje y la vida moral son imposibles fuera de la comunidad. El pensamiento liberal no valora, cuando no olvida, obligaciones y compromisos comunitarios tales como los familiares o nacionales. Así, es sensible a la demanda por los derechos subjetivos, pero impermeable a su contrapartida de deberes y responsabilidades sociales. Así se descuidan, minan y destruyen comunidades esenciales para la buena vida, entre ellas el cuerpo político. No sólo derechos, también deberes para con la comunidad.
- iii) El liberalismo menosprecia la vida política y por ello recurre a una explicación contractualista del origen de la asociación política. Los individuos son presentados como seres pre-sociales que crean la asociación política como simple instrumento al servicio de sus derechos individuales. Los valores e intereses que queremos promover a través del cuerpo político no son anteriores a la sociedad. El hombre nace, vive y muere en sociedad. En particular la vida política tiene un enorme valor en sí misma y es mucho más que un simple instrumento para garantizar los intereses particulares.
- iv) Los comunitaristas acusan a los liberales de defender una concepción de la persona como universalista y transcultural. Sin embargo, los valores e intereses que el liberalismo proclama tales como la libertad,

la igualdad, los derechos individuales, la libertad religiosa y el Estado neutral existen sólo y en la medida que un determinado tipo de sociedad los respete y promueva (el Estado liberal occidental y contemporáneo). Ello es a tal punto cierto, que en nuestro mundo occidental lo que más valoramos es la libertad y la igualdad, pero ello no ocurre así en todas partes (piénsese en buena parte de Asia y en el “despotismo oriental” ya descrito despectivamente por Aristóteles y retomado por Hegel). Tal planteamiento comunitario no debe ser confundido con el relativismo ni con la indiferencia escéptica. Una concepción pluralista no es necesariamente relativista, como nos lo enseñó Isaiah Berlin.

- v) Los comunitaristas reclaman contra el subjetivismo presente en los planteamientos liberales. Pareciera ser que los juicios morales que distinguen lo bueno de lo malo son meramente arbitrarios. Dependen del más autónomo de los pareceres de cada individuo. Sin embargo, los comunitaristas sostienen que una vida dedicada a la búsqueda de la belleza, de la bondad y de la verdad es preferible a una hedonista y egoísta. De hecho, los liberales creen que un Estado democrático es mejor que uno autocrático. Si todo es arbitrario, por qué los liberales aprecian tanto la libertad de cambiar los propios valores si ellos son siempre arbitrarios. Por lo tanto, no todo es subjetivo. Hay verdades intersubjetivas, modos de vida considerados valiosos por las distintas tradiciones culturales, una de las cuales es el liberalismo. Otra cosa distinta es propugnar, cosa que los comunitaristas no proclaman, que el Estado coercitivamente imponga esos estilos de vida particulares por considerarlos buenos.
- vi) Los comunitaristas rechazan el antiperfeccionismo y la neutralidad del Estado promovida por los liberales. Estos últimos sostienen que cada cual es libre de elegir su propio estilo de vida y que no es conveniente, y sí peligroso, darle tal poder al Estado, a quien no le corresponde

andar promoviendo ciertos estilos de vida por sobre otros. Sin embargo, los liberales exigen al Estado que imponga la separación de la Iglesia, promueva la justicia y los derechos individuales. Todo ello está muy bien, pero significa -en los hechos- que el Estado no es siempre neutral. Efectivamente, y por ejemplo, promueve el matrimonio monogámico por considerarlo el único que respeta la igualdad, no así el poligámico o poliándrico. Además los comunitaristas dicen que sin el apoyo del Estado determinados estilos de vida, las artes y la cultura de elite por ejemplo, desaparecerían.

Incluso la filosofía política liberal más avanzada y preocupada de la sociedad, encarnada especialmente por el filósofo John Rawls, presenta la justicia como "*la primera virtud de las instituciones sociales*", cuando en realidad es una virtud reparadora, que no reemplaza ni es preeminente a los valores de la amistad cívica, la comunidad y la solidaridad, destacados ya desde Aristóteles.

El estagirita señala en la Ética a Nicómaco, que cuando los hombres son amigos no necesitan de la justicia, en tanto que cuando son justos requieren también de la amistad. El cristianismo, por su parte, eleva el amor al prójimo a la categoría ética fundamental, más allá de la justicia y de dar lo debido. Si necesitamos andar litigando y buscando la justicia por los caminos del derecho, es porque el amor ha fallado.

1.3. La crítica democrática al liberalismo

En la Grecia clásica, durante la primera mitad del siglo VI A.C., una cantidad sustancial de varones adultos libres comenzó a participar directamente en el gobierno de algunas Polis, entre las que destacó Atenas. Nace así la democracia como forma de gobierno, basada en la

igualdad ante la ley y en la igualdad de palabra de los ciudadanos. Ella buscaba permitir la adopción de decisiones colectivas por parte de los “muchos”. Por ello, Pericles, según Tucídides, señaló que en la democracia la administración se ejercía en favor de la mayoría y no de unos pocos.

La igualdad de palabra se ejercía directamente ante la asamblea y la igualdad ante la ley se expresaba también en la participación en los jurados. La participación directa era expresión radical de la igualdad política e iba acompañada por el sorteo de los cargos públicos y la remuneración de quienes temporalmente los desempeñaban. La situación anterior era plenamente concordante con una visión del hombre (varón) que destacaba su carácter social, al creer que éste sólo desarrollaba plenamente sus potencialidades en la polis.

George Sabine ha visto tras el régimen político democrático contemporáneo dos tradiciones democráticas: La primera, inspirada en John Locke, en la revolución de 1688 y en el mito fundante de los derechos innatos de los ingleses, destacó sobre todo el ideal de libertad. La segunda, inspirada en Jean Jacques Rousseau, en la revolución de 1789 y en el mito fundante de la abolición del feudalismo, destacó sobre todo el ideal de igualdad.

En lo que nos preocupa, entre liberalismo y democracia hay fuertes afinidades. Norberto Bobbio ha escrito que:

“el Estado liberal es el presupuesto no sólo histórico sino también jurídico del Estado democrático. Estado liberal y Estado democrático son interdependientes de dos formas: en la dirección que va desde el liberalismo hasta la democracia, en el sentido que se necesitan ciertas libertades para el correcto

ejercicio del poder democrático y, en la dirección opuesta, que va desde la democracia hasta el liberalismo, en el sentido de que se necesita el poder democrático para garantizar la existencia y persistencia de las libertades fundamentales".

Esta relación armónica y bidireccional, ¿es tan clara y cierta en la historia? Por lo pronto, surge una primera y evidente constatación: la idea democrática nace en la antigua Grecia, hace dos mil quinientos años. El fenómeno liberal no tiene más de cuatro siglos de desarrollo. Además, padres del liberalismo político, como Montesquieu, fueron partidarios de la monarquía, no de la democracia. Por ello, nos centraremos en las principales dificultades que existen entre democracia y liberalismo.

Aquí es donde aflora la principal contradicción entre liberalismo y democracia. El primero destaca la libertad sobre todo en el espacio privado y lejano de toda concentración de poder tendencialmente despótico; la segunda busca la igualdad sobre todo en el espacio público, en el autogobierno de la polis. Esta contradicción se da sobre todo con el liberalismo económico.

El liberalismo, como hemos visto, es partidario que el Estado gobierne lo menos posible, o como se dice hoy, del Estado mínimo. Esta idea se opone tenazmente a la consecuencia socioeconómica inevitable de la fuerza igualitaria del ideal democrático.

Con el desarrollo de la democracia pluralista la gente puede reunirse, organizarse, para dejar oír su voz y elegir sus representantes. Si los ciudadanos son sólo los propietarios, resultaba natural que la mayor solicitud dirigida al poder político fuese la de proteger la libertad de la

propiedad y de los contratos. Pero desde el momento en que los derechos políticos se extendieron a los desheredados de la fortuna y a los analfabetos, resultaba completamente natural que a los gobernantes se les pidiera trabajo, medidas para aquéllos que no pueden trabajar, escuela gratuitas y sucesivamente, ¿por qué no?, casas baratas, asistencia médica, etc.

Por ello filósofos, científicos políticos y economistas liberales han mostrado gran preocupación frente al crecimiento de las funciones del Estado como producto de la expansión del sufragio. El *"intercambio político"* entre gobernante y gobernados en las democracias de masas han llevado a transformar el Estado mínimo en Estado benefactor. Para los nuevos liberales el crecimiento del papel del Estado constituye una gigantesca amenaza a la libertad individual, además de potenciar burocracias ineficientes y provocar la sobrecarga de las demandas y la ingobernabilidad de las sociedades contemporáneas.

En consecuencia, si el núcleo de la doctrina liberal es el Estado mínimo, la práctica de la democracia ha conducido a una forma de Estado que no es mínimo, por lo que democracia y liberalismo no son términos fáciles de conciliar. No lo fueron en el pasado. No lo son hoy en día.

Aún más, la relación democracia liberal-economía de mercado es tensionada desde su otro polo, desde su término económico. En efecto, la economía de mercado se basa en lo que Macpherson denomina *"individualismo posesivo"*. Este se sustenta en la propiedad privada, está obsesionado por la propiedad y orientado hacia el lucro, engendrando una *"sociedad de mercado posesivo, la cual constituye un conjunto de relaciones entre los hombres competitivas y agresivas"*. Estas relaciones

generan una espiral de concentración de la riqueza a favor de los más poderosos. Es el “capitalismo salvaje” en la expresión del Magisterio Social de la Iglesia Católica.

Este fenómeno no es algo exclusivo de un pasado anterior a las políticas keynesianas y al Estado Social. Políticas que ciertamente paliaron los más extremos efectos de dicho capitalismo. Tampoco es una realidad privativa de las economías de mercado instaurado en países subdesarrollados. Esta es una realidad existente en los países ricos de Europa Occidental o de Norteamérica.

En las propias naciones opulentas de occidente, tras el desmantelamiento relativo del Estado Social, producto de su incapacidad para adecuarse a la nueva complejidad social y al embate neoliberal, han surgido ácidas críticas al modelo económico imperante, provenientes incluso de connotados economistas liberales. Ellas apuntan a las consecuencias sociales de la exacerbación de los mecanismos del mercado y al modelo de sociedad que han surgido con problemas de polarización, desigualdades y falta de integración social. Estados nacionales debilitados, sociedades polarizadas con problemas sociales que se vuelven estructurales (pobreza, racismo, desigualdades), una juventud presa de desencanto, jóvenes cesantes a pesar de contar con altos niveles de educación, una población despolitizada que se instala en el individualismo como forma de vida, movimientos sociales sin fuerza ni arraigo, son las nuevas realidades.

Esta tendencia, propia de una economía de mercado desprovista de un rol más activo del Estado y de las asociaciones intermedias, choca frontalmente con el sentido igualitario del proceso democrático. Más aún, choca con la democracia misma.

Estas lamentables desigualdades económicas y sociales, consecuencia de la competencia exacerbada y de mecanismos de mercado sin control alguno, arrojan una inquietante perspectiva para la democracia. En efecto, como lo ha señalado Robert Dahl:

“un antiguo y bien establecido principio de la vida política es aquél de que los recursos económicos se encuentran distribuidos en forma desigual, los recursos políticos entonces se encontrarán, en la misma medida, distribuidos desigualmente. Puesto que la Democracia presupone, al menos idealmente, que los ciudadanos posean medios similares entre sí para participar en la vida política de manera que puedan actuar en ella como ciudadanos iguales, la distribución desigual de los recursos políticos es evidentemente desventajosa para la democracia”.

A modo de recapitulación, las principales ideas de las corrientes mencionadas que critican al liberalismo son las siguientes:

- i) La crítica republicana: ataca los supuestos más apolíticos y universalistas del liberalismo individualista. El republicanismo sostiene, a diferencia del liberalismo, que la participación política no sólo no es un “mal necesario” sino que un bien imprescindible para la buena sociedad y la vigencia y ejercicio de la libertad. Por otro lado, sin “amor a la Patria” no hay fundamento fuerte para sustentar la democracia, por lo que un cierto cosmopolitismo ingenuo, propio del liberalismo individualista, no es realista. Sin deberes cívicos ejercidos fieramente no hay derechos políticos y sin nación promovida y

defendida no hay, a la postre, democracia en situaciones de crisis o amenaza externa.

- ii) La crítica comunitaria: se basa en el excesivo énfasis que el liberalismo pone en los derechos individuales, los procedimientos institucionales y su universalismo. Para los comunitarios sin solidaridad no hay buena vida en sociedad ni felicidad individual. Sin deberes y responsabilidades no hay buen ciudadano y, finalmente, muy probablemente no hay ciudadanía. La libertad no es gratis. Y, nuevamente, sin amor a la familia, al barrio, a la parroquia, a la región, a la Patria y a la humanidad no hay buena sociedad, ni sociedad en definitiva.
- iii) La crítica democrática: coincide en parte con los aportes del republicanismo y con los del comunitarismo laicos, libertarios y pluralistas. Pero es especialmente crítica del liberalismo individualista en la medida que éste, por abrazar tan ferozmente la libertad, se olvida de la igualdad. La igualdad política, en la que cree el liberalismo político, rápidamente se transforma en ciudadanía social. Los ciudadanos exigen a sus representantes un Estado que garantice derechos no sólo cívicos, sino que también sociales como a la educación, al trabajo o a la vivienda. Así el Estado mínimo, propio del liberalismo individualista, se hace difícilmente conciliable con el ideario y la práctica democrática.

Segunda triada:

La crítica ecológica, feminista y socialcristiana al liberalismo

1.4. La crítica ecológica al liberalismo

Cuando hablamos de ecologismo no lo hacemos como sinónimos de medioambientalismo. El primero es para referirnos al más radical desafío a la sociedad industrial y postindustrial que domina a occidente desde fines del siglo XX. Ecologismo y medioambientalismo son dos cosas diferentes. Así como hay muchos socialismos, capitalismo y liberalismos, hay muchos ecologismos.

En efecto, el medioambientalismo aboga por una aproximación administrativa a los problemas medioambientales, convencido de que éstos pueden ser resueltos sin cambios fundamentales en los actuales valores o modelos de producción y consumo, mientras que el ecologismo postula que una existencia sustentable y satisfactoria presupone cambios radicales en nuestra relación con el mundo natural no humano y en nuestra forma de vida social y política.

Por cierto, ambos pertenecen a la misma familia que manifiesta una honda preocupación por el medio ambiente. Ambos critican al liberalismo, el primero en forma menos radical, por hacer una mala lectura de las posibilidades y restricciones de la comunidad biótica interdependiente de la que, como humanos, somos parte.

De este modo, existen tres elementos del liberalismo que más molestan a la crítica ecológica del mismo:

- i) La excesiva preocupación liberal por los derechos individuales y su nula visión, como propio de toda ideología proveniente de la Ilustración del siglo XVIII, de los deberes con el entorno biológico y físico.
- ii) Su radical antropocentrismo, muchas veces prometeico, que ve en la naturaleza un objeto a dominar en bien exclusivo de las actuales generaciones. El liberalismo mayoritario se hizo eco de aquella ilustración que, a diferencia de la escocesa, era extremadamente optimista del progreso. El hace del industrialismo comunista y del liberal-capitalismo objeto de ácidas críticas.
- iii) Y, al entroncar el liberalismo individualista con la economía de mercado más salvaje, en la nula preocupación ecológica de un sistema social cuya principal y casi exclusiva preocupación es el lucro.

Analizaremos cada una de estas críticas:

- La primera crítica debe partir de una coincidencia con el liberalismo político y movimiento verde. Ambos creen en la igualdad, en la tolerancia y en valorar la diversidad. Al necesitarnos todos los seres vivos, no habría jerarquías en el ecologismo radical. Al ser la complejidad motivo de riqueza y estabilidad de todo sistema, cree en la diversidad y en la tolerancia. Sin embargo, las críticas surgen con la concepción individualista y procedimental que el liberalismo hace de la democracia. No basta con la adhesión a toda forma de vida como respetable o tolerable. Hay estilos de vida que son atentatorios del medioambiente, algunas en grado supremo. Además no se concilia con la propuesta liberal de ver en la democracia procedimientos, pues defender el medioambientalismo es defender resultados reales: ¿qué garantías podemos tener de que

los procedimientos de la democracia liberal produzcan los resultados que quiere el ecologismo? ¿No votan los trabajadores por más empleo y mejores salarios, aún a costa del medio ambiente?

- La segunda crítica al liberalismo individualista, dirigido en contra del antropocentrismo prometeico de ciertas visiones del liberalismo, la sostienen la mayoría de los ecologistas políticos. Se critica su visión tan positiva del progreso y del dominio racional humano. Hay, además, una preocupación general por lo que la civilización industrial está haciendo realmente al planeta. Norman Hampson ha señalado varias características destacadas de la cosmovisión ilustrada en su vertiente optimista: *“Que el hombre era en gran medida el dueño de su propio destino”*; *“Dios era un matemático cuyos cálculos, aunque infinitos en su sutil complejidad, eran accesibles a la inteligencia del hombre”*; *“La razón universal” era considerada preferible a la “costumbre local”*; principalmente porque ayuda a desterrar la superstición. Pluche escribió que *“es por él (el hombre) por quien el sol sale; es por él por quien brillan las estrellas”*. Nada de esto es apoyado por el ecologismo.
- La tercera crítica al liberalismo individualista que da sustento ideológico a la economía de mercado industrial y posindustrial actual. Ello por estar dedicada al crecimiento industrial, a la expansión de los medios de producción, a una ética materialista como el mejor medio para satisfacer las necesidades de la gente, y al desarrollo tecnológico sin cortapisas. Se apoya en una centralización y un control y coordinación burocráticos a gran escala cada vez mayores. Partiendo de un estrecho racionalismo científico, insiste en que el planeta está ahí para ser conquistado, que lo grande es evidentemente bello, y que lo que no se puede medir no tiene importancia.

La política ecologista radical intenta explícitamente descentrar al ser humano, cuestionar la ciencia mecanicista y sus consecuencias tecnológicas, negarse a creer que el mundo fuera hecho por los seres humanos; y lo hace porque se ve llevada a preguntarse si el proyecto de opulencia material del posindustrialismo dominante es deseable o sustentable.

El medioambientalismo tiende a sustentar su crítica a todo exceso económico humano sosteniendo que el mundo no humano debe ser preservado: a) como reserva de diversidad genética para fines agrícolas, médicos y de otro tipo; b) como material de estudio científico, por ejemplo de nuestros orígenes evolutivos; c) para fines recreativos y d) por las oportunidades que proporciona de placer estético e inspiración espiritual.

La política verde radical es en sí misma crítica las razones anteriores por antropocéntricas y no valorar en sí mismo el medioambiente. Ella plantea una experiencia espiritual, por cuanto se funda sobre el reconocimiento de la "unidad" de la creación y la subsiguiente "reverencia por la propia vida, la vida de los demás y la Tierra misma".

Un medioambientalismo más moderado procura una economía de servicios más limpia, sostenida por tecnología más limpia y productora de una menor opulencia. El ecologismo, como expresión de un pensamiento post materialista llega a plantear economías agrarias, descentralizadas y retorno a estilos de vidas más naturales y autárquicas o menos tecnológicas y globalizantes.

Terminemos destacando que tan fuerte es la crítica ecológica del liberalismo que John Gray ve en ella tres "profundas afinidades" entre el pensamiento verde y el conservador. La primera es que *"tanto el*

conservadurismo como la teoría verde ven la vida de los humanos en una perspectiva multigeneracional"; la segunda, que "tanto los pensadores conservadores como los verdes rechazan la anticuada doctrina del individualismo liberal, el sujeto soberano, el agente autónomo cuyas elecciones son el origen de todo lo que tiene valor"; y la tercera, que "tanto los verdes como los conservadores prefieren, por miedo a los riesgos, la senda de la prudencia cuando nuevas tecnologías, o nuevas prácticas sociales, tienen consecuencias amplias e impredecibles". Eso sí, Gray no ve las diferencias entre ecología y conservadurismo. Entre otras la intolerancia, el pensamiento jerárquico propio del conservadurismo, su radical antropocentrismo y su malthusianismo y darwinismo.

1.5. La crítica feminista al liberalismo.

Partamos señalando que no hay un solo feminismo. Que si bien todos coinciden en criticar la situación de la mujer en la sociedad contemporánea, el feminismo de la diferenciación busca promover los derechos de la mujer sobre la base de su propia especificidad de género. En cambio, el feminismo de la igualación cree que la tarea es ampliar el reconocimiento y ejercicio de los derechos de la mujer, basado sólo en la igualdad y búsqueda de igualación de hombres y mujeres.

El feminismo como movimiento político pone el acento en la situación de dominación que vive la mujer contemporánea, es decir, en una relegación sistemática frente a los hombres que viven como superiores por razones naturales. Así la autonomía sostenida por el liberalismo, cada uno es capaz de determinar su propio destino, es ilusoria. Las críticas del feminismo al liberalismo pueden agruparse en siete categorías:

- La primera crítica, sostiene que el individualismo liberal impide ver que las mujeres viven como grupo una situación subordinada, de la

cual sólo podrán discernir y salir en virtud de la acción común. Una mujer sola, en su calidad de ciudadana, nada puede.

- La segunda crítica, apunta al hecho que el liberalismo ve como situaciones naturales condiciones que son impuestas por la política, por la dominación masculina. Así las marcadas diferencias en trabajo, remuneraciones o participación política nada tienen que ver con desigualdades innatas o biológicas sino que se fundan en simples imposiciones de poder.
- En tercera crítica, el feminismo acusa al liberalismo por su “voluntarismo” al creer este último que muchas de las elecciones de las mujeres son producto de opciones libres, cuando en realidad son imposiciones culturales, políticas o económicas. Muchas veces la mujer, por ejemplo, no concibe otra alternativa que quedarse en casa o aceptar una situación subordinada en el trabajo.
- La cuarta crítica, denuncia el idealismo del liberalismo al transformar realidades en idealizaciones. Un caso típico es la tolerancia con la cual el liberalismo observa la pornografía. Así, amparados en la libertad de expresión, se esconden enormes daños a la mujer y a terceros.
- La quinta crítica, apunta al “moralismo” del liberalismo que es afirmado al transformar éstas posiciones de poder en juicios de valor relativos, que pueden ser razonablemente sostenidas en forma igualmente válida. Las mujeres llegan muchas veces a determinadas opciones debido a que se encuentran en situación de poder muy inferior. No es que las mujeres no quieran o sean menos aptas para participar en política. La cuestión es que los horarios, las prácticas y estilos de hacer política son tan masculinos, por lo que toda mujer entra en dicha arena en situaciones desmejoradas.
- La sexta crítica, ataca al liberalismo más igualitario que cuando intenta pensar en términos de justicia lo hace en términos masculinos.

Así la justicia es vista como situación de separación y de barreras, cuando la mujer tiende a concebirla en términos de “conexión” y empatía.

- Por último, el feminismo ataca una cuestión central para el liberalismo. Su afán de proteger a la persona de la acción estatal. Ella es condenada por el liberalismo cuando ingresa en la vida privada de la persona. La homosexualidad, el uso de drogas, determinada literatura, al ser objeto de la vida personal, no pueden ingresar a la arena de lo público y de lo estatal. El liberalismo escinde así vida privada de vida pública; lo político de lo personal. Ello no es aceptado por el feminismo pues al “blindar” así la vida privada evita que el Estado impida abusos que sufren las mujeres justamente en la vida íntima. Violencia intramarital, abusos y privilegios escandalosos que se esconden en la oscuridad de lo íntimo suponen acción pública, por dolorosa que ella sea.

El feminismo abiertamente exige del Estado y de la política una acción más decidida y positiva a favor de las mujeres. Su crítica a la democracia liberal es categórica. En países con más de cien años de sufragio universal, las mujeres aún no se acercan a una representación paritaria en las cámaras legislativas y órganos de poder ejecutivo.

Una mayor presencia femenina en nuestra democracia nos ayudaría a conocer las opiniones de las mujeres acerca de la buena sociedad y la importancia que en sus planes de vida tienen esas opiniones y valoraciones.

1.6. La crítica socialcristiana al liberalismo

Lo cierto es que, en el inicio, el natural adversario del liberalismo decimonónico fue el tradicionalismo o conservadurismo católico. En el siglo veinte, se sumaron el socialismo, la socialdemocracia y el socialcristianismo europeo y latinoamericano. En cambio, el conservadurismo terminó por aliarse a las versiones económicas del liberalismo.

El socialcristianismo tiene su primer documento pontificio en el catolicismo con León XIII. Este rechaza el liberalismo por las siguientes razones:

- i) Por su absolutización de la economía, cuando en realidad ésta es sólo un aspecto y una dimensión de la compleja actividad humana;
- ii) La libertad económica es sólo un elemento de la libertad humana y, sin embargo, se la declara autónoma, quebrando su unidad con la verdad y la solidaridad;
- iii) El hombre es visto como productor o consumidor de bienes que produce y consume para vivir, lo cual lo empobrece antropológicamente;
- iv) El liberalismo olvida la verdad objetiva y trascendente corrompiendo así la vida moral y la cultura de las naciones y los hombres; y
- v) El liberalismo clásico cree que la suma de los bienes particulares generará necesariamente el bien general. El socialcristianismo, por el contrario, cree en el Bien Común, el que no puede surgir de la suma de vicios privados, como la codicia y es mucho más que una simple suma de bienes particulares.

El Concilio Vaticano II avanza en el llamado a los hombres y mujeres de buena voluntad para comprometerse con la justicia y la libertad en

este mundo. Así, el Concilio señaló que *"se apartan de la verdad los que, sabiendo que no tenemos aquí ciudad permanente sino que buscamos la futura, (Hbr. 13, 14) juzgan en consecuencia que pueden descuidar sus deberes terrenos sin percatarse de que están tanto más obligados a cumplirlos a causa de la misma fe"* (Gaudium et Spes, 43).

Más claro aún. Para Pablo VI, estamos frente a una obligación del cristiano. *"La doble aspiración hacia la igualdad y la participación trata de promover un tipo de sociedad democrática (...) El cristiano tiene la obligación de participar en esta búsqueda, al igual que en la organización y en la vida política"* (Octogésima Adveniens, 24).

El catolicismo no pretende constituirse en una ideología o en "Tercera vía" entre capitalismo y comunismo. Por el contrario, *"El cristiano debe reconocer la legítima pluralidad de opciones temporales discrepantes y debe respetar a los ciudadanos que, aun agrupados, defienden lealmente su manera de ver"* (Gaudium et Spes 75).

Eso sí que ello no supone que cualquier política es de inspiración cristiana. Juan Pablo II llama a dar testimonio de: "la libertad y la justicia, la solidaridad, la dedicación leal y desinteresada al bien de todos, el sencillo estilo de vida, el amor preferencial por los pobres y por los últimos".

Al sostener la dignidad de la persona humana, en todas sus dimensiones; al reclamar el respeto de todos sus derechos, sociales incluidos; al insistir en la igualdad de la humanidad, en el destino universal de todos los bienes de la Tierra y en la predilección por los pobres; al enfatizar la centralidad del trabajo por sobre el capital; al condenar una concepción absoluta de la propiedad privada, el afán de lucro como central de la economía y al reiterar que es la economía la que debe estar

al servicio de todos los hombres y de todo el hombre y no al revés, el catolicismo se aparta de postulados centrales de ciertas visiones extremas del liberalismo.

Tras la caída de los socialismos reales y al celebrarse cien años de Rerum Novarum, Juan Pablo II insistió en los aspectos centrales de su crítica a ciertas concepciones del liberalismo que se expresan en el capitalismo salvaje.

En la Centesimus Annus señala que es compleja la respuesta a la pregunta si con el fracaso del comunismo debemos dar por vencedor al capitalismo. Ello pues "si por "capitalismo" se entiende un sistema económico que reconoce el papel fundamental y positivo de la empresa, del mercado, de la propiedad privada y de la consiguiente responsabilidad para con los medios de producción, de la libre creatividad humana en el sector de la economía, la respuesta es positiva, aunque quizás sea más apropiado hablar de "economía de empresa", "economía de mercado" o simplemente "economía libre". Pero si por "capitalismo" se entiende un sistema en el cual la libertad en el ámbito económico, no está encuadrada, de forma estable, en un contexto político que la ponga al servicio de la libertad humana integral y la considere como una particular dimensión de la misma, cuyo centro es ético y religioso, entonces la respuesta es absolutamente negativa" (CA, 42).

En particular, al pensamiento pontificio le preocupa que la inmensa mayoría de los hombres no puedan entrar a esta economía de empresa por carecer de los medios y conocimientos para ello. Muchas veces lo que rige es una lucha diaria por la sobrevivencia, en la que el capitalismo primitivo revive en situaciones que nada tienen que envidiar a las etapas más oscuras de la industrialización inicial y que recuerdan la

semiesclavitud. A la carencia de bienes se ha sumado la del saber y del conocimiento, lo que hace vivir a millones en humillante dependencia. Unos viven sin lo básico, otros viven los excesos y vicios del sobreconsumo.

A ella se suman otras abiertas críticas que la Doctrina Social de la Iglesia Católica insiste en hacer al capitalismo. De este modo, la deuda externa, el daño ecológico, el consumismo, la destrucción de la ecología humana y el hecho que haya bienes colectivos y necesidades cualitativas imposibles de ser satisfechas por el mercado, que no se pueden ni se deben vender ni comprar, hacen del Estado un instrumento indispensable para el bien común.

Así concluye una sección de Centesimus Annus: "Queda mostrado cuan inaceptable es la afirmación de que la derrota del socialismo deje al capitalismo como único modelo de organización económica" (Centesimus Annus, 35).

2. SEGUNDA PARTE ¿POR QUÉ NO SOMOS CONSERVADORES?

A continuación nos centraremos en un ideario o mentalidad que fue central para instaurar la república en el siglo XIX y para combatir los cambios liberales, democráticos e igualitarios en el siglo XX. Nos referimos específicamente al conservadurismo.

El conservadurismo es difícil de definir conceptualmente por su característico desprecio por la Ilustración y sus hijos, el racionalismo y el ideologismo. Si ya es difícil centrarnos en qué queremos decir cuando pronunciamos la voz liberalismo, en el caso del conservadurismo el problema se hace límite. El es más bien sentimientos y costumbres. Defiende la jerarquía, la aristocracia, la prioridad del orden social y de lo sagrado, es temeroso frente al cambio social.

Nada más acertado entonces que la reflexión de Mannheim y que reproducimos de Barbara Goodwin:

"La mentalidad conservadora como tal no manifiesta especial predisposición hacia la teoría. Esto tiene que ver con el hecho de que los seres humanos no teorizan acerca de las situaciones por las que atraviesan mientras viven en tanto y en cuanto se encuentren adaptados a ellas... La mentalidad conservadora como tal, carece de una utopía".

Además el conservadurismo norteamericano o inglés es muy diferente del europeo continental. Los primeros apoyan sus revoluciones nacionales y acogen el gobierno constitucional, el capitalismo y el

liberalismo económico; el segundo nace defendiendo la monarquía, el catolicismo y el feudalismo en contra de la revolución francesa.

El conservadurismo incluye diferentes corrientes opuestas entre sí. Ser conservador en Chile es defender el liberalismo más extremo en la economía y la intervención estatal más indiscriminada para evitar la legalización del divorcio, del aborto y de las formas más individualistas de planificación familiar.

Para muchos, sociológicamente el conservadurismo no sería más que una actitud y una mentalidad reaccionaria. Ellas aparecen cuando se siente atacado el orden social existente que se desea conservar. Así, en Europa los conservadores se han enfrentado sucesivamente al radicalismo, al liberalismo y al socialismo.

Sin embargo, debemos abordar la tarea. No por el hecho de sus difusos contornos ideológicos, el conservadurismo no existe. Igual cosa podríamos decir del nacional-socialismo o del facismo. No por carecer de todo programa dejaron de tener un enorme impacto en la vida de los pueblos.

En el caso chileno, la aclaración del párrafo anterior es innecesaria. Los conservadores, pelucones, montt-varistas o ultramontanos juegan un papel decisivo en la historia republicana. El partido conservador y el nacional del siglo XIX son centrales en el siglo XX. Y hoy, entrando al siglo XXI, es fácil percibir su herencia y vigencia actualizada en Renovación Nacional y la UDI.

Qué es ser conservadores:

Por ende, partiremos por definir qué entenderemos por conservadurismo. Veremos que una serie de cuestiones forman parte del “ethos” conservador, aunque no todo conservador se sentiría bien representado por todas ellas. Algunas aproximaciones generales sobre qué es ser conservador:

- En primer lugar, ser conservador es valorar las costumbres y las tradiciones. Así como el progresista vive obsesionado por el futuro, el conservador dirige constantemente su mirada hacia atrás, a sus antepasados.
- En segundo lugar, ser conservador es temer el cambio, no sólo por la valoración positiva que se hace de la tradición, sino que por los riesgos del cambio. Edmund Burke lo dice con elocuencia: *“Un hombre que se atreva a demoler un edificio que ha respondido en todas las formas posibles y durante siglos a los propósitos comunes de la sociedad debe hacerlo con una precaución y una cautela infinitas”*.
- En tercer lugar, la idea del orden social como comunidad orgánica es propia de pensadores conservadores contrarios a la revolución francesa como fueron Burke, Bonald y de Maistre. Sólo si hay comunidad fuerte hay derechos en concreto. No hay contrato entre individuos que genere el Estado, eso es una abstracción.
- En cuarto lugar, el conservador se caracteriza por una cierta psicología. Así nueve aspectos del “carácter conservador” serían: la creencia en reglas estrictas y en el castigo, el convencionalismo, el antihedonismo, el militarismo, la oposición al progreso científico y la intolerancia hacia las minorías.

- En quinto lugar, el conservador centra su defensa en dos grandes instituciones de la sociedad civil. La primera de ellas son las iglesias que se ven como instituciones que ritualizadas, repiten y transmiten una verdad revelada que da sentido a la vida humana y decencia a la sociedad. La segunda de ellas es la familia, que concibe como una unidad marcada por la autoridad paterna y la transmisión de deberes morales y sociales de primer orden.
- En sexto lugar, el conservador cree en el papel ordenador del Estado y moralizador de la sociedad. Su visión del hombre no es positiva. Lo considera un ser caído y que tiende al mal. De ahí el papel del Estado, su burocracia, ejército y policía en la imposición del orden social vía la ley y el orden público.

Pasemos a ver una serie de críticas que se han ido acumulando en contra del "ethos" conservador. Como veremos, ellas no son siempre coherentes entre sí. No es lo mismo criticar a un conservador cultural partidario del neoliberalismo económico a uno que rechaza tanto al liberalismo económico como el cultural.

Dividiremos las seis críticas que haremos en tres grupos.

Las primeras serán más bien políticas. Es decir, más que en la validez o no de los postulados teóricos del conservadurismo, nos centraremos en lo apropiado o inadecuado de sus recetas para alcanzar la buena sociedad, que en el mundo occidental debe ser democrática y justa. Aquí veremos cómo el afán de conservación llevó al conservantismo a asumir malas causas y elegir peores aliados. Luego veremos lo difícil que resulta conciliar conservadurismo cultural con neoliberalismo económico, mixtura que se da en Chile en la UDI. Posteriormente, veremos que su receta de Estado mínimo no resulta conveniente para los propios fines que el

conservadurismo quiere alcanzar: Orden público, paz social, seguridad nacional y nacionalismo fuerte.

El segundo grupo de críticas se centrará en la concepción de la persona humana, de la tradición y del cambio en el conservantismo. Así sostendremos que su visión extremadamente negativa del hombre se condice poco con la democracia y su adhesión al cristianismo. De igual modo su veneración de la tradición los hace olvidar que hay tradiciones extremadamente negativas. Del mismo modo hay cambios que no sólo son inevitables sino que positivos.

Por último, nuestro tercer grupo de críticas apunta a la concepción de nación, familia y religión que los conservadores dicen promover. Por su importancia y vigencia en el Chile del Segundo Centenario, nos centraremos en ellas y veremos lo criticable que es el diagnóstico y la receta conservadora.

Crítica empírica al conservadurismo

2.1 La crítica de la realidad.

Partamos por la despiadada crítica de los hechos. El viejo conservantismo es contrario a los cambios. Valora el orden social heredado de sus ancestros. Las razones que dan son varias y persuasivas. Una de ellas es creer que las tradiciones son depósitos acumulados de sabiduría y experiencias y que no podemos despreciar. Por cierto la tradición de la lengua española o inglesa es maravillosa y merece ser conservada. Aceptémoslo. Sin embargo, hay veces que las nuevas realidades se imponen más allá de nuestros deseos y acciones.

Este fue el destino del viejo conservantismo europeo partidario del Antiguo Régimen y contrario a los hijos de la revolución francesa. Ese viejo conservantismo se destruyó porque las instituciones sociales que defendía desaparecieron. Monarquía, feudalismo, integrismo católico o protestantismo conservador eran ideas cuyo tiempo ya había pasado. La concepción romántica, agresiva y orgánica de la nación, abrazada por el fascismo, aliado del conservantismo, los llevó al desastre de la segunda guerra mundial. Su noción jerárquica y aristocrática de la vida también los llevó a adherirse a concepciones no democráticas. Al salir de la derrota del Eje, el catolicismo conservador no tuvo más alternativa que, exhausta, traspasarse a la Democracia Cristiana europea. Cincuenta años después, recién comienza a reaparecer orgullosa en Alemania, Francia o Italia.

Su inicial rechazo al liberalismo económico se hizo dificultoso. En él veían razonablemente un hijo de la ilustración, del individualismo y de la secularización. El mundo que ellos amaban –orgánico, religioso, aristocrático- fue arrasado por el individualismo posesivo, el afán de lucro y el materialismo práctico. Pero luego, la reacción negativa que produjo la revolución industrial así engendrada –desigualdades y explotación- obligó a conservadores y liberales a unirse frente a la amenaza socialista y el fantasma comunista.

De tan malas causas y con tan malos aliados el conservantismo europeo continental terminó en un desastre. La tesis aquí planteada es que ello no resultó sólo de malas decisiones de sus líderes, sino de los excesos a los que puede naturalmente llevar un pensamiento y una actitud tan temerosa ante los cambios sociales.

2.2 La crítica a la alianza entre liberalismo económico con conservadurismo cultural.

Pero seamos claros, el viejo conservantismo humillado en las barricadas de 1848 y en las destrozadas ciudades europeas de 1945, dejó sus vástagos. En los años sesenta, tras la revuelta estudiantil y la aparición de una agresiva Izquierda Cultural, un nuevo conservantismo reapareció con mucha fuerza.

Sus ideas eran antiguas, pero se había fecundado con nuevas reflexiones en centros de estudios privados y universidades inmediatamente después de 1945 y, sobre todo, en Estados Unidos. Las humillaciones sufridas bajo el "New Deal" y los Laboristas ingleses debían ser vengadas. Este neoconservadurismo es distinto del neoliberalismo por las razones que veremos más adelante.

El neoconservadurismo critica el avance desmedido del individualismo, el hedonismo que destruyen las bases de ahorro, austeridad y trabajo duro y responsable que producen el desarrollo capitalista. Además destruyen las bases morales de la sociedad.

La familia entra en crisis por la permisividad sexual introducida en los años 60, la laxitud de los padres, el alza del feminismo y la extensión de la homosexualidad manifiesta. Surgen familias monoparentales, en oposición a la familia tradicional; la autoridad del padre desaparece.

Este orden burgués destruye las tradiciones que dan significado y un marco moral a la vida. La familia y las iglesias comienzan a crujir. Sin ellas no sólo falta este sentido integrador y finalista de la vida social sino que, además, sufren la estabilidad social y política de las sociedades

postradicionales o hiperdesarrolladas. Son los pilares de una vida digna y de una sociedad decente.

Son "*las contradicciones culturales del moderno capitalismo*". Por una parte, trabajo duro en la producción económica. Por la otra, hedonismo y derroche en el consumo. Responsabilidad y sentido del orden político y familiar, pero autonomía e individualismo extremos que destruyen las autoridades de la tradición, de las iglesias y de las familias. Surge la droga, la delincuencia, la promiscuidad sexual y altas tasas de divorcio. La cultura se ha separado de la economía y ésta gobierna la política, con desastrosos efectos. Este es su diagnóstico social surgido con fuerzas tras los años sesenta.

El problema es entonces lo contradictorio que resulta su diagnóstico con su alianza - tanto en Estados Unidos, Gran Bretaña y Chile- con el neoliberalismo. El neoliberal está a favor del mercado libre en todas partes; como lamenta Daniel Bell, el liberalismo se convierte en libertarismo moral, y desprecia cualquier forma de autoridad. Y los conservadores quieren regeneración moral del individuo, las familias y la comunidad nacional.

Por ejemplo, es evidente que los cambios que experimenta la familia se deben, entre otros factores por cierto, a la influencia del neoliberalismo. El individualismo y la iniciativa individual en el área económica se extienden a la familia bajo la fórmula de individualismo afectivo que señala: lo central es mi felicidad y mi libre estilo de vida.

Es obvio que el estimular el estimular la libertad de acción de las fuerzas de mercado transnacional desencadena fuerzas contrarias a la tradición e identidades nacionales. Todo lo sólido se desvanece en el aire, todo lo sagrado es profanado. Por ello, como lo demuestra el caso chileno,

no es raro que el neoliberalismo conviva con el autoritarismo político. Es la forma espúrea como el conservantismo político ha intentado conciliar su respeto de las tradiciones nacionales con la lógica del mercado libre.

2.3 La contradictoria receta neoconservadora: el Estado mínimo y las tradiciones que se quieren preservar.

Lo cierto es que el neoconservadurismo se alía con el neoliberalismo en su crítica al Estado, particularmente al Estado de Bienestar. Por ello no se siente conservadora pues no quiere conservar dicho Estado. Es la izquierda la conservadora. Ellos quieren cambiar radicalmente, de raíz el Estados Unidos de los sesenta y la Europa de los setenta llenos de burocracias, regulaciones, laxitudes morales, hedonismo, delincuencia, drogas, bienestar sin trabajo, regalado por un filantrópico Estado y colectivismos de toda clase.

El neoliberalismo cree que un sistema competitivo de mercado no sólo aumenta al máximo la eficacia económica, sino que es la principal garantía de libertad individual y solidaridad social. Si crecemos más, mayor riqueza ha de fluir por la sociedad. Al dividir el poder económico y político favorecen la libertad y la democracia. Al excluir la parcialidad política o el prejuicio social se favorece la igualdad y la autonomía individual. Cada uno es libre de tomar sus decisiones sin paternalismos ni opresiones.

Nada de regulaciones guiadas por un racionalismo planificador que llevó al totalitarismo y al desastre. Lo que debe respetarse es el orden espontáneo del mercado. En él se produce la coordinación espontánea e intencionada de muchos individuos que actúan por motivos egoístas, pero que sumados constituyen el interés público.

Los gobiernos tienden a sobrecargarse o abarcar en exceso, lo que lleva al corporativismo de la sociedad y a su posterior ingobernabilidad. Los impuestos altos desincentivan al empresario en su creación de riqueza y trabajo. Se crean políticas sociales que tienden a beneficiar más a la gente acomodada – las clases medias ligadas al Estado y al poder político. Surge un Estado monstruoso en su tamaño burocrático y que alienta la dependencia en el sistema. Este Estado de bienestar ha promovido la destrucción de la familia tradicional ya que permite y alienta a los padres para que abandonen su responsabilidad respecto al mantenimiento de sus mujeres e hijos. Eso es ahora tarea del Estado benefactor. Una cosa similar surge con el apoyo que se da a madres adolescentes o solteras. ¿No es esta una forma de validar socialmente y facilitar económicamente estas “familias uniparentales”?

La receta es un Estado mínimo pero firme para lograr el orden social. Fuerte en la imposición de las leyes que hacen posible el libre mercado, la protección ante la delincuencia y los enemigos externos y promover sentimientos integradores de nacionalismo.

Lo problemático de la receta neoconservadora, que coincide con la concepción neoliberal del Estado mínimo, es que no valora el hecho que justamente es el Estado de Bienestar el que ha impedido que el capitalismo desbocado produzca sus efectos más perniciosos: desigualdades, especulación e individualismo. La sobrecarga que ellos ven en el Estado puede producirse, en parte y sólo en parte, por el evidente interés de burocracias que quieren fortalecerse. Pero también por la presión que ejerce una sociedad civil fuertemente compleja y organizada que exige protección social. De no existir ese Estado de Bienestar, ese compromiso entre comunitarismo y capitalismo, muchas de las tradiciones que admiran los neoconservadores podrían venirse abajo.

No resulta lógica y políticamente tiende a entrar en contradicción, la fórmula neoconservadora-neoliberal. Con una mano indica al Estado que debe imponer férreamente la ley y el orden mediante, promover los ideales nacionales y la capacidad de defensa. Pero con la otra le ordena al Estado desregular los mercados y abrirlos al mundo. Para unas cosas el Estado nacional es bueno, pero para otras es muy malo. Por el contrario, el mercado es siempre bueno para promover bienes como el crecimiento económico.

De lo difícil que es conciliar republicanismo cívico, comunitarismo y democracia ya hemos hablado bastante. Y a ello nos remitimos y pronosticamos buena suerte a la coherencia del conservantismo cultural con liberalismo económico de la UDI y George W. Bush.

Crítica conceptual al conservadurismo

Queremos insistir que este no es un ejercicio teórico. El analizar qué es el conservadurismo es criticar quizás la principal ideología política dentro del espectro chileno. Ello porque su alianza con el liberalismo económico ha estructurado no sólo al tercio político más fuerte y poderoso, sino que también por su obvia hegemonía cultural en medios masivos de comunicación y en el sistema universitario nacional.

Anteriormente señalamos lo que entenderíamos un pensamiento difuso, pero de tan fuerte impacto. Vimos básicamente las contradictorias alianzas que el conservadurismo ha hecho con el autoritarismo – fascista en Europa y militarista en América Latina – y con el neoliberalismo. Su renuncia a la democracia se debió a su impulso conservador de protección de intereses y de temor al cambio, en este caso socialista y comunista. Su adhesión al neoliberalismo se explica por la promoción que

éste hace de los grandes intereses y por el fracaso del conservatismo a darse su propio sistema económico, más cercano al mercantilismo y el corporativismo. De tales alianzas sabemos bien en Chile.

El conservadurismo en los años sesenta se fusionó con el nacionalismo y el corporativismo bajo el Partido Nacional. Así ensució su adhesión a la república que lo distinguió en Chile de los otros partidos conservadores de toda América Latina.

En los ochenta, y a pesar de la resistencia inicial de hombres como Jaime Guzmán, la alianza con el neoliberalismo se consolidó y proveyó a Chile de una nueva estrategia de desarrollo económico.

Hoy día se mantiene esta alianza entre conservadurismo, liberalismo económico y planteamiento dogmático del Estado mínimo. Tal alianza no es teóricamente coherente, pues el liberalismo rápidamente conduce al primado del mercado, de los intereses materiales inmediatos y al culto del individuo y de su impulso inicial egoísta y hedonista, que nada bueno traen al cultivo del orden, las virtudes y de las tradiciones privadas y públicas. Por otra parte, decíamos que el planteamiento del Estado mínimo difícilmente se concilia con la promoción de instituciones sociales como la familia, -claramente socavadas y amenazadas por "capitalismos salvajes"- el orden público y la seguridad nacional. Guste o no, y como lo señaló el mismo Karl Popper, estas tareas suponen un Estado fuerte y una gran dosis de intervención política.

Pasemos a analizar tres conceptos centrales del conservatismo y que merecerán nuestra crítica:

- i) La valoración de la tradición;

- ii) El miedo al cambio; y
- iii) La concepción pesimista de la persona humana.

2.4. La veneración de la tradición.

Ser conservador es venerar las tradiciones. El conservador sabe lo que el liberal no ve: somos en buena parte fruto de tradiciones e instituciones que adoptan las principales decisiones de nuestras vidas. No elegimos normalmente ni la lengua que hablamos -que aprendimos imitando a nuestros padres-, ni la religión que profesamos -nuestros padres nos bautizaron en ella sin consultarnos-, ni la patria que nos nacionalizó al nacer, en fin.

Y las tradiciones son formas políticas y sociales existentes refinadas y sacralizadas por el curso del tiempo. Son miles de años de ensayo y error en torno a la mejor respuesta a la pregunta política esencial: ¿cuál es la mejor forma de organizarnos en una buena sociedad?

Chesterton decía que: *"La tradición significaba hacer votos por la más oscura de todas las clases: nuestros ancestros. Es una democracia de los muertos. La tradición se niega a someterse a la arrogante oligarquía que forman aquellos que se limitan a andar dando vueltas por ahí"*.

El conservador defiende bien la idea que la cultura tradicional es parte de la autoidentificación de un pueblo. Es el suelo en que éste tiene sus raíces de las cuales extrae vida. Es más, el hombre mismo es una tradición que habla desde el pasado hacia el futuro. Cada pueblo, cada individuo debe sumirse en su propia historicidad, en su procedencia y pertenencia, en lo que ha hecho, tomando sobre sí lo que fue. No

entenderlo así implica la alienación, es decir, que el hombre y los pueblos se enajenen de sí mismos.

Sin embargo el conservador se equivoca al sacralizar la tradición y apostar acríticamente por su inmutabilidad.

En efecto, las tradiciones, identidades y síntesis culturales no son ni pueden ser realidades cerradas e inamovibles. En efecto, los pueblos observan y descubren su tradición y simultáneamente la definen, con lo cual, en alguna medida, la crean. Su cultura tradicional es creencia y una declaración acerca de lo que ahora se percibe como habiendo sido típico en el pasado.

La tradición, así, paradójicamente, es innovadora. La modernidad, lo nuevo, no es por definición el sepulturero obligado de la tradición. La tradición cambia modernizándose y la modernidad “tradicionalizándose”.

El mismo cambio supone persistencia y sus mecanismos requieren de ella; sin persistencia la innovación se apagaría y se restaurarían las condiciones anteriores. La tradición es, sólo en parte, presencia del pasado, pues éste se recrea constantemente en el cambio.

Los pueblos, como las personas, para progresar deben apropiarse de lo pasado, oír a sus contemporáneos y abrirse a todas las posibilidades, para luego optar. Lo contrario llevaría a una petrificación social absurda. La historia no se detiene; los pueblos tampoco.

Así, por ejemplo, las culturas y las religiones son fruto de síntesis siempre inacabadas, en constante renovación.

La propia tradición es el resultado de una serie de cambios históricos, reformas y evoluciones y no hay razón por la que no deba considerarse que un nuevo cambio sea posible. El conservador que reclama el respeto por los "Padres de la Patria" hace bien, pero no debe olvidar que ellos fueron jóvenes impetuosos que derribaron violentamente una tradición -la monarquía española- para crear una nueva, la República de Chile.

Hay cambios que son buenos puesto que todo lo que existe no es bueno por sí mismo como lo ha dicho Barbara Goodwin "el dictum, lo que es, bueno es", viola la convención filosófica de que los valores no pueden derivarse de los hechos. No vivimos en el mejor de los mundos posibles. Hegel creyó que todo lo real era racional, apostó al progreso y creyó ver en el Estado prusiano el mejor régimen político y sus seguidores de derecha fueron unos conservadores. Pero se equivocaron.

La sociedad es obra humana y puede ser cambiada y perfeccionada por los hombres y mujeres que aspiran a la libertad y a la solidaridad. Las instituciones democráticas parten de la base que las decisiones de nuestros antepasados pueden ser cambiadas mediante, por ejemplo, la reforma de la Constitución y las leyes. Ante el cambio social, económico y cultural acelerado es claro que las soluciones de ayer pueden ser muy malas para hoy.

No hay nada inmutable en la vida humana, salvo la muerte. Si el presente es bueno y hay que respetar las tradiciones, ello es producto de una sabiduría acumulada que resultó del progreso y del cambio que se han acumulado durante siglos. Por ello, rechazar siempre el cambio en aras de la adoración de lo que se tiene es contradictorio. Por lo demás, cualquier institución existente puede apelar a la tradición para protegerse. ¿Y cuánto tarda en constituirse una tradición? Por ejemplo, la familia

nuclear actual es más bien fruto de la revolución industrial, que reemplazó a la familia extensa, que incluía a abuelos y parientes directos.

Lo anterior no significa caer en el error contrario: adorar el cambio creyendo que siempre éste es progreso. Hoy sabemos que también puede ser regresión. La tradición implica la acumulación de la experiencia y sabiduría. Es fatal arrogancia el creer que se puede concebir una óptima forma de organizar la sociedad, para luego empezar a realizar ingeniería social desde arriba.

El cambio puede conservar tradiciones e instituciones positivas y modificar las negativas. Y sobre todo es un error creer que se pueden preservar las instituciones y las tradiciones de un modo tradicional, es decir, simplemente invocando razones de autoridad. Hoy día hay que persuadir, convencer y seducir promoviendo las formas sociales que se estiman mejores. La imposición coactiva o autoritaria, en un mundo libre, es la más débil de las estrategias de estabilidad social.

2.5. El miedo al cambio.

El respeto a la tradición se traduce negativamente en el miedo al cambio. Los conservadores no gustan del cambio. Siempre el riesgo que perdamos lo avanzado está presente. Más aún, si ocupó un lugar central en la sociedad actual, todo cambio implica un gran riesgo de pérdida de derechos, privilegios, costumbres y prácticas seguras, benéficas y adquiridas.

El conservador cree que *"todo tiempo pasado fue mejor"*. Que las verdades son inmutables. Que *"más vale diablo conocido que diablo por conocer"*. Que de las tradiciones surge la sabiduría que da la experiencia

comprobada. *"Que hay que arar con los bueyes que se tiene"* y que, por cierto, *"más vale pájaro en la mano que cien volando"*.

Desde Platón, pasando por Hobbes y llegando a Von Hayeck, el pensamiento conservador cree que el cambio es decadencia o caos. Que lo que persigue todo régimen político es la estabilidad por sobre el caos. La paz tiene como duro precio el orden que, si bien ahoga libertades, da seguridad a nuestra persona y derechos. En esto el propio Norberto Bobbio está de acuerdo cuando analiza las diversas teorías acerca de los tipos de gobierno.

Particularmente la revolución es peligrosa. Para el conservador ningún revolucionario puede garantizar el resultado de su propuesta. Pero sí conocemos sus costos: odio, dolor, violencia y muerte. Los propios revolucionarios serán sus primeras víctimas. Danton el primero. En cambio, el pasado con todas sus imperfecciones es conocido y el presente cierto.

Alfred Hirschmann nos ha hablado cómo el conservador desarrolla tres estrategias discursivas:

La primera, es la **retórica de la futilidad**. El cambio es inútil. *"Algo debe cambiar para que todo siga igual"*; *"Siempre ha habido y habrán pobres"*; *"Al final siempre habrá una minoría que gobierne a la mayoría"*. Con esta retórica se desecha la aspiración igualitarista por el cambio social y político.

La segunda, es la **retórica del peligro**. Todo cambio, aún el mejor bien intencionado, acarrea riesgos enormes. *"Si introducimos el derecho a sufragio universal sobrevendrá el caos ante la demagogia en la que*

caerán fácil los pobres e ignorantes". Hoy en Chile aún muchos sostienen que discutir el modelo de desarrollo es "*abrir una caja de Pandora*".

La tercera, es la **retórica mixta** que dice que lo más probable es que el cambio fracase o su impacto positivo sea mínimo. Así es que, ¿para qué afanarse tanto?

Por cierto, hay ocasiones en que la situación presente es tan mala, que las posibilidades que emerja una realidad mejor social es obvia. Además, la historia demuestra que hay cambios que, por no realizarse oportunamente, nos llevarán a otros no planificados y, por cierto más riesgoso. Un cambio puede ser positivo. Las democracias de Europa del norte erradicaron la pobreza. Los países desarrollados dieron el derecho a voto a la inmensa mayoría, y surgió la estabilidad. La democracia más grande del mundo es la más pobre: la India. Hay otros modelos de desarrollo dentro del capitalismo, más justo y socialmente igualitario. Alemania tiene una economía social de mercado.

2.6. La radical imperfección humana.

En el fondo, el conservador es un pesimista que cree que todo pasado fue mejor y que el futuro se abre amenazante. Y ello se debe a que tiene una concepción negativa de la condición humana. Platón no dudaba en que si el hombre pudiese delinquir, violar y matar sin ser descubierto, lo haría. Hobbes veía en el estado de naturaleza al hombre como lobo del hombre.

Surge así la "conciencia desgraciada" de quien logra el éxito mundano a costa del fracaso moral o viceversa. Desgarrado siempre por un cierto "*no puedes, pero debes*", el ser humano termina siempre

ensuciándose las manos hasta los codos. Pero, en este punto, la pregunta es por qué inevitablemente, siempre y en todo lugar, deberá optarse trágicamente entre la eficacia y la moral. ¿No se esconderá aquí una visión extremadamente negativa de la condición humana y de la historia?

Ciertamente que existe una relación fuerte entre las visiones trágicas de la política conservadora y una concepción de la condición humana malvada y corrompida. Prueba de lo anterior es Maquiavelo. Éste señala, *"siendo difícil que estén juntos -temor y amor- mucho más seguro es ser temido que amado (...) porque de los hombres puede decirse generalmente que son ingratos, volubles, dados al fingimiento, aficionados a esquivar los peligros y codiciosos de ganancias: mientras les favorecen son completamente tuyos y te ofrecen su sangre, sus haciendas, su vida y hasta sus hijos (...) cuando la necesidad está lejos, pero si se acerca se te vuelven"*. Y, como recuerda José Antonio Cousiño, Maquiavelo, en una carta de 1512, concluye *"duele más a los hombres la pérdida del poder que la muerte de un padre o de un hermano; y es que la muerte se olvida a menudo y lo que se poseyó, jamás"*.

Se trata de una vieja discusión de la filosofía y de la teología occidentales -la cuestión del mal en el ser hombre- que encuentra su correlato en el Oriente-. En efecto, Mencio, discípulo de Confucio, sentencia: *"La tendencia de la naturaleza humana hacia el bien es como la tendencia del agua a correr hacia abajo"*. Contra él se enfrenta Hsün quien proclama, por el contrario, *"La naturaleza del hombre es el mal, y el bien que manifiesta es artificial (...) El hombre nace con envidia y odio"*.

Si esta es nuestra concepción del ser humano, no nos debiera llamar la atención que concluyamos que en el particular juego del poder se impongan necesariamente los malos medios y los mezquinos fines. Del

mismo modo, si concebimos la historia tal cual lo hace Hegel en Lecciones sobre la Filosofía de la Historia, como un “inmenso matadero”, es obvio que dudaremos de todo compromiso de la ética con la política.

Pero, existe otra filosofía de la historia que afirma la primacía del bien sobre el mal. En efecto, recurriendo nuevamente a Jacques Maritain, entre el trigo y la cizaña va avanzando el bien cuyos frutos son, en la mirada larga, infinitamente más fecundos. En consecuencia, si para el creyente Dios está presente en la historia y ésta no lo derrotará ni triunfará el mal, surge una visión optimista de ella, en la que se impone el designio amoroso de su Creador. Es la ya citada ley de las fructificaciones del bien. Obviamente, esta argumentación se basa en razones que suponen la fe, que es, por definición, una creencia superracional y que, con el perdón de todo fundamentalismo, no se puede imponer.

Sin embargo, todo realista verdadero podrá constatar que misteriosamente pareciera haber algo que, contra viento y marea, termina por afirmar el triunfo del espíritu. Kenneth Boulding ha dicho:

“La aparición y la caída del poder integrador son aún más misteriosas. Si tenemos en cuenta su influencia en el mundo, resulta que los fundadores de las grandes religiones han tenido mucho más poder sobre el futuro que los emperadores y los gobernadores bajo los que vivieron (...) Confucio, Buda, Jesús y Mahoma han tenido una repercusión enorme en la historia, a pesar de vivir y trabajar en lugares bastante apartados. Especialmente Jesús y Mahoma nacieron en el seno de las clases bajas, vivieron en lugares remotos y, a pesar de ello, crearon estructuras integradoras

enormes. Tales historias demuestran la imposibilidad de hacer predicciones sociales, particularmente sobre los sistemas integradores. Es un misterio saber lo que constituye el potencial para el cambio integrador".

No deseamos negar el problema del mal en el hombre ni en la historia. Tampoco caer en lo que Aranguren llama la mitigación del problema de la ética y la política, afirmando un optimismo trascendente que siempre da por ganador al buen gobernante gracias al ardid de la razón, la historia o la Divina Providencia. Lo que Bobbio denomina el pesimismo cósmico, histórico y existencial es demasiado serio para tratarlo a la pasada y desecharlo¹.

Sin embargo, planteamos que puede haber otra forma de interpretar la condición humana y el discurrir de la historia que no sólo afirme el triunfo del mal. La historia es contingente, la hacen seres dotados de libertad y que están abiertos tanto al bien como al mal. Finalmente, hay que apostar en el sentido pascaliano y la apuesta por conciliar creadoramente ética y política no está llamada al fracaso. Si se apuesta por el triunfo del bien y se pierde, dicha derrota será dolorosa, pero el empeño habrá sido hermoso. Y si, por el contrario, se acierta en la apuesta, la humanidad recibirá el espíritu del vencedor con alegría humanista.

¹ Bobbio explicó su pesimismo de la siguiente y conmovedora manera: "Pesimismo cósmico, proveniente de la profunda convicción, que me ha acompañado toda la vida, de la radical inexplicabilidad e insuperabilidad del mal en las dos formas del mal activo, la maldad, y del mal pasivo, el sufrimiento, uno y otro en relación de interacción recíproca, y el pesimismo histórico, que se funda en la constatación del triunfo del mal sobre el bien, y nos deja siempre sin resuello en angustiosa espera de un mal cada vez peor: después de Auschwitz y la bomba de Hiroshima, la acumulación en los arsenales de todo el mundo de armas cada vez más mortíferas que podrían desencadenar el fin de la humanidad, el "fin de la historia" no en el sentido de su cumplimiento sino en el de su aniquilación. Y no dejaré de mencionar el pesimismo existencial, entendido como el sentido, que siempre he tenido agudísimo, del fracaso de todo esfuerzo por salir de la caverna (lo cual explica también mi pesimismo de la voluntad)". Bobbio, Norberto. De Senectute. Taurus. Madrid. 1997. P. 191.

Por todo ello, sostener un sentido trágico de la vida como un axioma inviolable es un prejuicio, un dogma que no tiene por qué ser aceptado (aunque jamás totalmente desechado). Por el contrario, proponemos apostar por el realismo de Viktor Frankl, sobreviviente de los campos de exterminio nazi. El psiquiatra vienés sostuvo: *"nuestra generación es realista, pues hemos llegado a saber lo que realmente es el hombre. Después de todo, el hombre es ese ser que ha inventado las cámaras de gas de Auschwitz, pero también es el ser que ha entrado en esas cámaras con la cabeza erguida y el Padrenuestro o el Shema Yisrael en sus labios"*. Entonces, "pesimismo de la razón, pero optimismo de la voluntad".

En suma, seamos claros, la crítica conservadora al liberalismo es adecuada en cuanto defiende la idea de la tradición, desconfía de la adoración del progreso y ve la condición humana sin ingenuidad. Pero se equivoca dramáticamente cuando su defensa de la tradición le impide ver que hay muy malas tradiciones. Que hay veces en que hay muy poco que conservar y mucho que cambiar. Que distinguir entre lo bueno y lo malo y entre lo que se puede y no se puede cambiar, en la vida personal y la de los pueblos, es la base de dos virtudes esenciales del ser humano: su libertad y prudencia. Sí, no hay que hacerse demasiadas ilusiones acerca del ser humano. El siglo recién pasado, nos llevó, subidos al carro de la ciencia y de la tecnología, al peor de los mundos: el horror del holocausto, de la guerra y de la destrucción nuclear y ecológica. Pero de ahí a postular que estamos condenados al mal es olvidar la vocación humana a lo bueno y eterno que promueven los fundadores de las tradiciones más veneradas en el mundo posmoderno: las religiones de Jesús, Mahoma, Moisés, Buda y tantos otros hombres y mujeres que apostaron por la compasión, el amor y la trascendencia.

Uno de los pensadores más preclaros del realismo político, Raymond Aron escribió: "*(...) no quiero ceder al desaliento. Los regímenes por los cuales he abogado y en los cuales algunos no ven más que un disfraz de poder, por esencia arbitrario y violento, son frágiles y turbulentos, pero mientras sigan siendo libres conservaran insospechados recursos*". Es una esperanza madura en la democracia contemporánea, en sus líderes y en sus ciudadanos.

3. TERCERA PARTE: PASAR DE LA CRÍTICA DE LAS IDEAS A LAS IDEAS PARA LA ACCIÓN POLÍTICA.

Hemos presentado dos escuelas de pensamiento de renovados bríos: liberalismo y conservadurismo. Derrotada la principal escuela de crítica al liberalismo tras 1989 -el marxismo- republicanos, comunitarios y demócratas han hecho ver sus diferencias con sus liberales y conservadores. Demócratas, comunitarios y republicanos eran familias de pensamiento propio del mundo occidental y libre. Hoy día, así como ha quedado al desnudo la existencia de más de un capitalismo, han resurgido las viejas diferencias en el pensamiento occidental.

No se trata de un debate meramente académico. De hecho, la filosofía política, en cuanto “política”, se valúa en buena medida por sus éxitos y fracasos prácticos. No hay buenas teorías si ellas no son capaces de dar propuestas de acción concretas validadas en terreno; así como no hay prácticas buenas sin teorías, pues las primeras devienen ciegas y muy peligrosas. De hecho, el liberalismo y el capitalismo que se pretenden fundar en órdenes naturales y críticas acerbas al perfeccionismo y al utopismo, son hijos directos de ideólogos y políticos inmisericordes a la hora de imponer sus ideas. El liberalismo político, económico y cultural ha sido predicado a punta de bayonetas y de cañones.

Así dicho, el republicanismo nos invita a realizar las siguientes tareas:

- Educación cívica constante, particularmente de los más jóvenes y de los dirigentes sociales y funcionarios públicos. Tarea para nuestros organismos públicos, Ministerio de Educación el primero, para organismos de la sociedad política como los partidos y para las instituciones de la sociedad civil como las universidades que debieran ser “repúblicas ideales” como lo señala Enrique Molina G.;

- En un régimen de inscripción automática en los registros electorales los republicanos norteamericanos nos pedirían que mirásemos con ojos más atentos la ceremonia de juramento de los nuevos ciudadanos en EE.UU. Una mayor solemnidad y ritualidad, mediante un juramento, podría potenciar lo que hoy día parece inútil e innecesario para cientos de miles de chilenos;
- Los republicanos franceses nos pedirían que pongamos más atención a las razones dadas por Hannah Arendt a su fracaso tras 1789. Radomiro Tomic insistiría en su denuncia de las más de doscientas constituciones que han existido en América Latina como causa y efecto de nuestra “degollina” democrática. De ahí que deberíamos preocuparnos profundamente de la ausencia en Chile de un genuino “consenso constitucional”;
- Y los primeros patriotas chilenos nos recordarían la influencia del republicanismo en la Independencia de Chile. Bernardo O'Higgins, Manuel de Salas, Camilo Henríquez y Juan Egaña debieran ser redescubiertos de cara en este nuevo siglo.

El comunitarismo nos invita a:

- Salir de la administración pública y priorizar la reconstrucción del tejido social abandonado en 1989. Todo lo que sea seguir la tarea – hoy aún muy vigente- propuesta por el Informe del PNUD Chile 2000 “Construir sociedad para gobernar el futuro” es tarea principal de cara a la calidad de nuestra democracia y futuro político más allá de la alternancia o nuestra permanencia en el gobierno;
- Confiar menos en el mercado que no sólo genera desigualdades sino que también no promueve voces morales y virtudes cívicas, que sí se pueden dar en el voluntariado y en la solidaridad de la sociedad civil. “Lo pequeño es hermoso” también en la economía

abierta de mercado. La experiencia del norte de Italia así lo demuestra;

- Asumir, más allá de la supuesta neutralidad y secularismo extremo del liberalismo, las bondades de un comunitarismo pluralista y secular que valora el rol de las ideas religiosas y de los valores trascendentales como factores claves de la buena vida. Camilo Henríquez, Clotario Blest, Alberto Hurtado y Raúl Silva Henríquez son las vías ejemplares de una nueva sociedad y alma para el proyecto republicano y democrático chileno; y
- A asumir nuevas formas de intervención social incorporando el voluntariado y las organizaciones sociales a la planificación, diseño, ejecución y evaluación de las políticas públicas.

Una nueva democracia pluralista, tras el autoritarismo militar y años de gobiernos que han aspirado a realizar la transición y consolidación del sistema democrático, nos invita a:

- Promover el valor de la igualdad, poniendo límite a los excesos del liberalismo económico y al globalismo financiero;
- Promover la participación ciudadana que complemente la representación política propia del liberalismo y la libertad negativa. Nuevas formas de participación más allá de los partidos políticos y de las instituciones estatales;
- Promover un nuevo pluralismo en los medios de comunicación social creando -y fortaleciendo los ya existentes- diarios, radios y revistas, aprovechando la democracia electrónica;
- Promover una mayor difusión del poder religioso, político, económico, cultural y comunicacional, evitando así concentraciones que son nefastas para la democracia. No hay mejor limitación al poder político, económico y medial que su

adecuada dispersión y distribución pluralista. Es esa una de las grandes lecciones que deja la atenta lectura del libro de la periodista María Olivia Mönckeberg, sobre el Saqueo de los Grupos Económicos al Estado chileno.

Como se puede apreciar, una nueva fuerza política de centro izquierda puede –y se debe comprometer a- encontrar un suplemento de alma en estas ideas republicanas, democráticas y comunitarias.

BIBLIOGRAFÍA

- Arendt, Hannah. Sobre la Revolución. Alianza. Madrid. 2004
- Aristoteles. Ética a Nicómaco. Alianza Editorial. Madrid. 2004.
- Barber, Benjamín. Democracia Fuerte: Política Participativa para una Nueva Época. Almuzara. Córdoba, 2004
- Bobbio, Norberto. Liberalismo y Democracia. Fondo De Cultura Económica. México. 1989.
- Constant, Benjamin. Curso de Política Constitucional. Comares. Granada. 2006.
- Galston, William. "Educación Cívica en el Estado Liberal", en Nancy L. Rosenblum (editora): El Liberalismo y la Vida Moral. Nueva Visión. Buenos Aires. 1993.
- Hampson, Norman. He Enlightenment. Penguin. New York. 1968.
- MacIntyre, Alasdair Animales Racionales y Dependientes: Por qué los seres humanos necesitamos las virtudes. Ediciones Paidós Barcelona. 2001.
- MacIntyre, Alasdair Justicia y Racionalidad: Conceptos y contextos. Ediciones Internacionales Universitarias. Navarra. 1994.
- MacIntyre, Alasdair Primeros Principios, Fines Últimos y Cuestiones Filosóficas Contemporáneas. Ediciones Internacionales Universitarias. Navarra. 2003.
- MacIntyre, Alasdair, Tras la Virtud. Editorial Crítica. 2004.
- MacIntyre, Alasdair. Edith Stein, Un Prólogo Filosófico, 1913 - 1922. Editorial Nuevo Inicio. Granada. 2008.
- MacIntyre, Alasdair. El Concepto de Inconciente. Amorrortu editores. Buenos Aires. 1982.
- MacIntyre, Alasdair. Ética y Política. Ensayos Escogidos II. Nuevo Inicio. Granada. 2008.
- MacIntyre, Alasdair. Ética Y Política. Ensayos Escogidos. Editorial Nuevo Inicio. Granada. 2009.
- MacIntyre, Alasdair. Historia de la Ética. Ediciones Paidós. Barcelona. 2006.

- MacIntyre, Alasdair. Marxismo Y Cristianismo, Editorial Nuevo Inicio. Granada. 2007.
- MacIntyre, Alasdair. Tres Versiones Rivales de la Ética: Enciclopedia, Genealogía y Tradición. Ediciones Rialp. Madrid. 1992.
- Macpherson, C.B. La Teoría Política del Individualismo Posesivo: De Hobbes a Locke. Editorial Trotta. Madrid. 2005.
- Montesquieu, Charles-Louis de Secondat. Del Espíritu de las Leyes. Alianza Editorial. España. 2003.
- Rawls, John. Teoría de la Justicia. Fondo de Cultura Económica. España. 1995.
- Sabine, George. Historia de la Teoría Política. Fondo De Cultura Económica. México. 1994.
- Sandel, Michael. Filosofía Pública. Ensayos Sobre Moral en Política. Marbot Ediciones. Barcelona. 2008.
- Sandel, Michael. Contra la Perfección. La Ética en la Era de la Ingeniería Genética. Marbot Ediciones. Barcelona. 2007.
- Sandel, Michael. El Liberalismo y los Límites de la Justicia. Editorial Gedisa. Madrid. 2000.
- Sandel, Michael. Justicia ¿Hacemos lo que Debemos? Debate. Madrid. 2011.
- Sandel, Michael. Lo Que el Dinero No Puede Comprar. Debate. Madrid. 2013.
- Taylor, Charles. Acercar las Soledades: Federalismo y Nacionalismos en Canadá. Tercera Prensa. 1999.
- Taylor, Charles. Fuentes del Yo: La Construcción de la Identidad Moderna. Ediciones Paidós. Barcelona. 1996.
- Taylor, Charles. Las Variedades de la Religión Hoy. Ediciones Paidós. Barcelona. 2003.
- Taylor, Charles. Argumentos Filosóficos: Ensayos sobre el conocimiento, el lenguaje y la modernidad. Ediciones Paidós. Barcelona. 1997.

- Taylor, Charles. El Multiculturalismo y "La Política del Reconocimiento". Fondo de Cultura Económica. España. 2003.
- Taylor, Charles. Fuentes del Yo: La Construcción de la Identidad Moderna. Ediciones Paidós. Barcelona. 2006.
- Taylor, Charles. Imaginarios Sociales Modernos. Ediciones Paidós. Barcelona. 2006.
- Taylor, Charles. La Ética de la Autenticidad. Ediciones Paidós. Barcelona. 1994.
- Taylor, Charles. Una Edad Secularizada. Editorial Gedisa. Barcelona. 2009.
- Taylor, Charles. Hegel. Editorial Anthropos. Madrid. 2010.
- Walzer, Michael. Terrorismo y Guerra Justa. Katz editores. Buenos Aires. 2008.
- Walzer, Michael. Guerra, Política y Moral. Editorial Paidós. Barcelona. 2001.
- Walzer, Michael. Pensar Políticamente. Editorial Paidós. Barcelona. 2010.
- Walzer, Michael. Reflexiones Sobre la Guerra. Editorial Paidós. Barcelona. 2004.
- Walzer, Michael. Tratado sobre la Tolerancia. Editorial Paidós. Barcelona. 1998.
- Walzer, Michael. La Revolución de los Santos. Katz editores. Buenos Aires. 2008.